

ble, que puede retardarse, aplazarse y hasta atenuarse; pero que tiene que llegar diciendo: hé aquí la montaña que han formado los sedimentos de las pasadas y largas injusticias.

Y frente a la revolución que se forma callada, casi imperceptiblemente, en las sombras, se ponen los despotismos erizados de acero que van acumulando fuerzas para la revolución que, incontenible, ha de estallar al fin.

Y cuanto mayores son los obstáculos y mas larga la gestación, más fuerte es el movimiento equilibrador que ha de surgir.

La revolución no ha premeditado ningún proyecto de venganza concreto, definido, preciso; ella presiente que tiene que vengar muchas injusticias, no agravios; que tiene que derrumbar prejuicios; que tiene que demoler instituciones; que tiene que despedazar legislaciones y que tiene, después, que hacer todo aquello que, dentro de las relatividades humanas, puede darle la relativa felicidad.

No sabe bien cómo hará todo esto. Siente que su obra habrá de realizarse, y que lo mismo acabará su empresa que la hubo en pezado; así, sin discutirla ni plantearla de manera concreta; sintiéndola; anhelándola.

Ve, por atavismo, el muro siniestro de l'pasado corroído de ignominia y vacilante ya de podredumbre, coronado de hiedras arcaicas y agujereado aún por las feudales aspilleras, y siente que mueve manos para la santa destrucción la fuerza incontrastable del progreso.

Y todo ello lo siente tumultuosamente, vagamente, como germina siempre la visión de una obra grande.

Y la obra definitiva de la revolución surgirá llena de lozanía después, como tras el desbordamiento de caudaloso río, emerge en las riberas la siembra vigorosa y fecunda.

CAPITULO IV.

Al día siguiente de la entrada de los revolucionarios, los palacios de ciertos magnates populares por la privanza de que gozaron bajo la tutela del espadón porfiriano fueron ocupados por los generales victoriosos.

Entonces el autor pensó el artículo que sigue; artículo que no se atrevió a escribir en aquellos días y que publicó más tarde en *El Pueblo*, de Veracruz.

ROBESPIERRE EN LA CASA DEL DUQUE DE ORLEANS.

Esa voz huracanada de las multitudes que falla inapelablemente y dictamina sus juicios sin errar jamás, señaló en México en los tiempos de Porfirio I los nombres de los hombres funestos a la Nación.

En el más remoto pueblo eran conocidos los privilegios de Ignacio de la Torre, las inmoderadas concesiones de Macedo y los infinitos latrocinios de Inigo Noriega.

Los palacios de aquella turba insaciable de magnates eran señalados por todos, y su ostentosa apariencia les granjeó popularidad y odio concentrado.

Cada uno de aquellos palacios de marmóreas escaleras, cada uno de aquellos salones inacabables de artesonados co-

ruscantes se convirtió en un castillo feudal. De allí salían en breves documentos, de firmas definitivas, la desgracia o felicidad de los hombres. Desde aquellos palacios se manejaban fábricas, haciendas, minas, oficinas, ministerios. Una legión de hambrientos y de abyectos bajaba y subía incansable las amplias escaleras de las despóticas mansiones.

En esos palacios labróse la ruína de muchos hombres y a la media noche, al ampro de las protectoras sombras, deslizábase muchas veces algún emisario de la muerte.

Por las rapaces manos de aquellos magnates pasaron los destinos de muchos hombres; pero ellos, habituados al manejo de las ajenas existencias, no se inmutaban jamás y daban la vida o la muerte con la sonrisa en los labios.

Admirable feudalismo enclavado en un país joven, en pleno siglo veinte. Sólo la habilidad de aquellos perversos políticos, igual a su perfidia, pudo consumir esta obra de anacronismo y de crimen.

¿Qué hombre de los de entonces no sufrió alguna vez el yugo, en cualquiera de sus manifestaciones, de aquellos opresores? ¿Quién no fué víctima cuando menos de la insolencia de algún lacayo? ¿Quién pudo realizar ningún negocio que no tuviese que pasar por aquellas ignominiosas antesalas?

Tanta inicua preponderancia y un lujo tan insolente popularizaron los nombres de los tiranos. El dedo llameante de la multitud señaló colérico los dorados habitáculos de los procónsules. La madre que arrastraba a su hijo hambriento, pasaba por el palacio de Escandón y, mirando a los lacayos vestidos como príncipes, crispaba las manos y en su espíritu cristalizaba el origen de un odio indestructible.

Aquellos palacios contados y conocidos, eran en toda la República, como en la Francia de los «estados generales,» los representantes inamovibles de la tiranía. Los bronce de

sus puertas, los tapices de sus paredes gritaban la desigualdad humana. Y todo el mundo conocía el origen espúreo de aquellas fortunas; en los brillantes de las concubinas de aquellos magnates el pueblo vió siempre manchas de sangre.

Entre las clases oprimidas eran hasta fruto de irónicas anécdotas los orígenes de las fortunas de aquellos tiranuelos; las coplas populares, en muchos sitios vulgarizaron tal o cual villanía de algún advenedizo que brindó su mujer o su hija a un poderoso para llegar a feudatario. La popularidad de los Obregón González en Guanajuato, de los Terrazas en Chihuahua, de los de la Hidalga en Puebla, o de los Escandón y Macedo en México es inmortal. Sus palacios amplios y pesados como castillos, fueron, después que huyeron sus moradores, los mudos representantes de sus dueños. No estaba ya en México Macedo, pero la mesa en que se firmó la ruína de tantos allí estaba; se habían marchado los hijos, escuálidos e insolentes, pero quedaba la escalera en cuyos peldaños tantas viudas esperaron la restitución de lo que les robaron y quedaba, sobre todo, cerrada, solemne, imperiosa, muda, sorda, la gran puerta a la que tantos infelices llamaron en vano.

Los revolucionarios, muchos de los cuales habían salido de las ciudades, al lanzarse a la lucha, llevan en su corazón, es claro, un odio profundo a la tiranía y a todos sus privilegios. Ellos, como todos, conocían el odio popular por los magnates y habían visto el dedo llameante de la multitud señalando las mudas puertas de los palacios.

Como en los inmortales tiempos de la revolución francesa, deliraban con incendiar aquellos símbolos pétreos de la dictadura. Pero el siglo, la época, les dijo: no, esos palacios serán decomisados a sus dueños y utilizados por el gobierno de la revolución. Ya la voz popular y nuestra convicción

han señalado el origen fraudulento de esos bienes. Deben, pues, ser destinados al bien público.

Por fin, la revolución triunfó. En una clara mañana, negros de polvo y de sol, los soldados de la reforma entraron en México. Los generales y los jefes, entonces, cometieron un error, ocuparon las casas de los magnates fugitivos.

Y este error, pequeño, puesto que esos bienes fueron considerados como de la nación y la ocupación de las casas era sólo transitoria y además un medio eficaz de resguardarlas mientras se les daba otro destino de bien público, fué el arma esgrimida por los enemigos para desprestigiarnos en algunas ciudades.

El cargo fué desproporcionado por el espíritu de partido, y puesto que se esgrimió con éxito (hay que reconocerlo) para hacernos atmósfera hostil, no debe repetirse.

No tiene ese hecho las proporciones que se le ha dado: el gobierno revolucionario acuerda la ocupación de unas casas, porque fueron robadas a la República y nombra a determinados generales para que las habiten con el mismo derecho que si les hubiesen destinado, para habitación, el Castillo de Chapultepec o el Palacio Nacional. Esas casas son casi bienes de la Nación.

Pero no podemos imaginarnos a Robespierre viviendo en la casa del Duque de Orleans. Robespierre vivía en casa de un carpintero.

Vendamos, si lo creemos necesario, los palacios y los tapices y compremos libros para los niños, pero que nuestros generales sigan viviendo en el corazón de sus conciudadanos y en las páginas de la Historia.

CAPITULO V.

Aparte de la desatentada incautación de automóviles y de la ocupación de las casas, la destitución de todos los empleados federales que sirvieron a la usurpación despertó iracundias y produjo, sobre todo en el mundo de la burocracia, un cataclismo.

Yo escribí entonces el artículo piadoso que sigue, y más tarde, en Veracruz, *Las ruedas son siempre ruedas*.

En ambos sostengo el criterio de que para pedir a los hombres acciones de hombres, es preciso que sean hombres, y en México no hubo gobiernos que permitieran el desarrollo de tan extraordinaria industria.

La máquina trituradora de hombres, completa el estudio de este problema.

LA FILIACION POLITICA DE LOS EMPLEADOS FEDERALES.

El hombre pasa fácilmente de una opinión a otra, cuando así lo exige su interés

MME. SIAEL.

En un discurso memorable, ese insigne ingenio que se llama Francisco Bulnes, y que aduna a su cinismo la más

luminosa inteligencia y la más sólida cultura, probó en la Cámara de Diputados que la inamovilidad de los empleados federales significaba la fosilización, el adormecimiento de las importantes labores de esas oficinas, donde los viejos empleados, llenos del moho intelectual de los años, habían creado telarañas en los expedientes.

Don Francisco Bulnes tuvo razón. Los viejos empleados, esos hombres que entraron en las oficinas del Gobierno mozos y solteros, y que en ellas encanecieron y engendraron hijos numerosos con una prodigalidad imprevisora, comenzaron su carrera de meritorios, y después de luengos años de servicios alcanzaron la modesta cumbre de una jefatura de sección, si la tornadiza fortuna los acompañó, o un cargo de oficial tercero o segundo, si su destino fué menos propicio. Y esta lenta, monótona y continuada labor hizo su trabajo sistemático, mecánico, inconsciente casi. Toda su vida se puso al compás de tan fatal isocronismo, y, así, su labor, a fuerza de repetirse, fué algo mecánicamente perfecto, igual. Los oficios salían de sus manos tan limpios como impresos, redactados siempre con las consabidas palabras. Y cuando los trámites se salían de su carril, aquellos hombres, convertidos en ruedas o engranajes—como éstos se detienen en su marcha ante el menor obstáculo—, parábanse absortos, casi asombrados, ante lo inusitado, y el expediente aquel, tan desconcertante para ellos, era lanzado en las profundidades de un cajón, como enigma aterrador e impenetrable. Y, así, en las gavetas ministeriales duermen papeles corroidos por los años, papeles que fueron paulatinamente hacinados allí por la ignorancia y la apatía de los viejos oficinistas.

Estos hombres regularizaron su vida al extremo de encolerizarse porque su tintero no guardaba hoy, por un des-

cuido doméstico, la misma colocación que ayer; de igual manera en la oficina que en su casa, todo se hacía a una misma hora y en idénticas circunstancias; desde la merienda hasta el momento de calzarse las pantuflas.

Estos hombres, víctimas de ese mal espantable de la empleomanía; estos hombres, que sólo de las decenas pudieron vivir, sin duda fueron obstáculo poderoso, infranqueable, para muchos progresos; ellos, en los juzgados, eternizaban una causa; en las Secretarías de Estado, hacían encallar en sus cajones, profundos como abismos, la más vulgar solicitud e iniciativa; ellos, somnolientos y dando cuerda a su reloj de llave, hicieron de la máquina administrativa algo tan fatídico por su lentitud, que cuando cualquier asunto tenía que pasar por cualquiera oficina del Gobierno, como a las puertas del infierno dantesco, el hombre que tal negocio proyectaba, tenía, previamente, que despojarse de la esperanza.

Lo primero que por esta labor rutinaria y emoliente tuvieron necesariamente que perder estos hombres, fué el espíritu, y con él, por de contado, el valor civil, ese valor sagrado de la rebelión justa que en un momento dado sabe poner en los labios un «no» rotundo y categórico.

Pasaron por las oficinas de estos hombres infortunados, ministros como meteoros, y ante todos ellos las cabezas se inclinaron y las manos se tendieron en felicitaciones irremediabiles.

Y cuando el onomástico de un superior ponía frente a sus ojos la lista de una subscripción para un obsequio adulterio cualquiera, ellos firmaban y daban diligentemente su cuota: sobradamente sabían que si ellos no la firmaban, el jefe firmaría su destitución.

Esta vida, espiritualmente arrastrada por ellos desde ha-

ce largos años, desgastó a fuerza de roce todo el orgullo de estos hombres, les quitó hasta el último impulso, les arrancó el entusiasmo, y, al quitarles atributos, es evidente que los despojó de una verdadera filiación política.

Tienen filiación política los hombres libres, los que jamás anquilosaron su voluntad en labores deprimentes; filiación política verdadera, de esas que no sellan los labios, jamás la han tenido los empleados federales, y claro que esto, como todos los conceptos vertidos antes, se refiere a una mayoría de ellos, a la generalidad; hemos retratado el tipo dominante, pues harto sabemos que en ese noble y sufrido gremio del trabajo hay excepciones honrosas, y en algunos ministerios no escasas.

Pero los empleados federales, en lo general, y de treinta y cinco años a la fecha, no han tenido filiación política propiamente dicha; han albergado, si acaso, simpatías mudas y temerosas en el fondo de su conciencia por determinado régimen gubernamental.

Y llegamos al fondo de la cuestión: de la falta de espíritu en los empleados federales hay un solo culpable, y éste es el mismo Gobierno; él ha sido el que, colocando frente a la libertad de pensamiento de los empleados la tremenda amenaza de la cesantía, los hizo enmudecer; si les hubiese dejado su libertad, se hubiesen formado hombres libres, llenos de conciencia y capaces de estimar la grandeza de su labor puramente administrativa y patriótica, diferenciándola de su labor como ciudadanos fuera de la oficina. Hubiese logrado comprender que en la oficina, como servidores de la nación; eran unos, y otros en la calle. Que cuanto de bueno realizasen en el ministerio, no era en favor de ningún gobierno, sino tan sólo en beneficio de la República, y que en la calle tenían, como cualquiera, el inviolable dere-

cho de pensar y de hablar. Pero los gobiernos, perversamente, dijeron a los empleados que opinar en su contra era morder la mano que los alimentaba, y que quien estuviese de palabra (de obra claro que cambia de aspecto la cuestión) sería destituido.

Los gobiernos son los únicos autores de la debilidad ó ausencia del espíritu cívico en los empleados públicos; si los mandatarios futuros, si la revolución quiere hacer, como se lo propone, labor honrada y regeneradora en toda su máquina administrativa, debe comenzar por levantar, revivir o crear el espíritu cívico, el alto valor civil, en los empleados de la Federación.

Ahora, el caso concreto presente; si la revolución se propone arrojar de las oficinas públicas a cuantos ascendieron o prosperaron por obra del favor de validos; si se propone extirpar a los paniaguados y favoritos de pasadas administraciones, bien; pero a los otros, a los que esperaron con paciencia benedictina veinticinco años un ascenso, a los que hicieron una carrera oficinista y que comenzaron por lacrar las cartas para alcanzar, al cabo de los años, un modesto pasar, conquistado a fuerza de tenacidad y trabajo, no debe hundírseles en una miseria evidente, sólo por un ciego afán de renovación.

«O renovarse o morir,» dice Gabriel D'Annunzio. La renovación es el progreso; pero cuando tal renovación está en manos de hombres justicieros, debe ser parca, cautelosa, equitativa, reposada y justa.

A los hombres de la máquina administrativa, resueltamente irregenerables, por sus años y sus achaques, sería un crimen contra el progreso dejarlos en sus cargos; pero lo sería contra la vida arrojarlos a la calle, inermes para la lucha, reumáticos y cansados. Estos deben ser jubilados, y los

susceptibles de regeneración, los que aún estén capacitados para una labor diligente y concienzuda, debe ponérseles jefes y directores capaces de sacarlos de su triste aletargamiento.

Para los servidores inútiles, la jubilación, que quitará mohos y telarañas; para los hombres útiles aún, sabia y regeneradora dirección, y para los que cobraran sus decenas al amparo de padrinos en privanza política, el puntapié categórico y expedito.

La obra de renovación del nuevo Gobierno en las oficinas públicas debe ser realizada con alteza de miras y con profundidad de análisis, para que real y verdaderamente se consiga la regeneración, la liberación de esa falange de hombres, inteligentes en muchos casos, que en la rutinaria labor empequeñecen su espíritu, atrofian la inteligencia y matan la dignidad. Haced de todos los hombres, hombres, para que podáis pedirles, en todas las ocasiones, que sean hombres.

LAS RUEDAS SON SIEMPRE RUEDAS.

Cuando Maximiliano de Hapsburgo vino a ocupar el trono que le ofrecieron los traidores, fué prevenido por los representantes de Napoleón III, de que por ningún motivo, si quería que le fuese favorable la opinión, debía quitar sus empleos a los innumerables burócratas de la ciudad de México. Y se le dijo más: en el caso de que algunos o muchos de esos empleados no le fueran útiles, no se les dé ningún trabajo, pero que por ningún motivo se les quite el sueldo.

Y es claro, la ciudad de México está compuesta, en su gran mayoría, de empleados que sin energías e iniciativa para medrar, jamás salen de su mediocridad, y que, faltos

en lo absoluto del espíritu de ahorro, viven encañenados a la roca de su miseria.

Quitar el empleo a esos hombres que no tienen ni reloj para empeñarlo en un caso de apuro, es exactamente lo mismo que abrirles el vientre, estilo japonés, y dejarlos muertos en mitad de sus habitaciones.

Estos burócratas, rutinas vivientes, jamás hicieron otra cosa que vivir del presupuesto; diríase que desde su lactancia firmaban ya la nómina en algún Ministerio.

En la ciudad de México hay doscientas mil personas que viven del presupuesto.

Los gritos de hambre de esta multitud resonarían como una tempestad.

Las imploraciones y lágrimas de esta legión conmoverían a las rocas.

Los argumentos de esas madres convencerían a la misma intransigencia.

Y las manecitas de esos niños pronunciando la palabra «pan», desarmarían las mayores iracundias y disolverían en compasión las cóleras apocalípticas de los vengadores más fieros.

El éxito popular del zapatismo en la ciudad de México, no se debe a que recién entrados en la población no robaran ni asesinaran. Este proceder, hijo del desconcierto de una turba montaraz al encontrarse en una gran ciudad, fué un factor insignificante para conseguir la popularidad que logró el zapatismo y que hoy ha perdido al evidenciar su canibalismo, su incongruencia política y lo efímero de su existencia.

Pero el verdadero origen de la popularidad del zapatismo radica en su prodigalidad para dar empleos, y en el

hecho de haber llamado a sus antiguos cargos a cuantos empleados destituyó el Gobierno Constitucionalista.

Todo, después de maduro análisis, quitadas las capas de la apariencia y de la fanfarronería, converge, fatalmente, hacia los intereses. Juan Pérez es demócrata mientras los demócratas no le quiten la manera de comer. Es triste, pero es cierto: el órgano principal del hombre es el estómago.

Ahora bien, hombres como los burócratas de México, sin espíritu, sin carácter, pendientes siempre de la voz ministerial que los asciende o los destruye, ¿pueden ser políticos? No, evidentemente. Esos hombres suelen pensar y tener simpatías, pero lo primero es raro y las segundas, por lo general, están en contra de quien los oprime. En tiempo del usurpador, los empleados públicos se uniformaban llenos de cólera y despecho, obligados por la fuerza, pero su odio al tirano aumentó al grado de que entre ellos nadie ha sido tan impopular como Huerta.

El rutinarismo de estos empleados los hace nulos como factores políticos en las oficinas públicas. Las ruedas son siempre ruedas. Excepto unos cuantos empleados superiores capaces de intrigar, el noventa y cinco por ciento de los empleados públicos piensan más en su reuma, que en la democracia, y, teniendo que comer, mucho más en sus hijos que en las reformas de la Constitución.

Les falta civismo y carácter, pero realmente no sería justo castigarlos por defectos o vicios de que son origen los pasados gobiernos. Corrijamos ese mal, hagamos hombres de esos mecanismos vivientes, tornemos en ciudadanos esas ruedas inmutables de la administración, pero sin pretender castigar como crímenes pequeñeces, hijas de la misma pequeñez.

LA MÁQUINA TRITURADORA DE HOMBRES.

Leo en unas noticias llegadas de Puebla algo que parece muy sencillo y que es horrible. Hablando de los farmacéuticos de Puebla, dice el corresponsal de *El Pueblo* que protestaron porque sus patronos se negaron a pagarles el aumento de sueldo que decretó el gobernador Cervantes y que la actitud de los dependientes de botica ha sido muy elogiada porque, a pesar del revolucionario acuerdo del gobernador del Estado, muchos empleados, por timidez, no han exigido de sus jefes el aumento de salario que señala el benéfico decreto.

Este se lee y se vuelve a leer y sigue uno considerándolo imposible. Es, en efecto, inconcebible que estos hombres se hayan pasado la vida soñando con un aumento de sueldo y que el día que llega, obligatorio para el comerciante, justo porque sus ventas las hace a mayores precios y sus gastos son los mismos e indispensable al empleado, éste, temeroso del fiero entrecejo del patrono, renuncie a los beneficios que la equidad y la justicia le brindan.

En mayor o menor escala, pero idéntica, es la pequeñez espiritual de casi todos los empleados de comercio. Para ellos el jefe es un personaje de importancia mitológica que, con sólo un ademán, pulveriza un destino y abate un porvenir. El día que el «jefe» está de mal humor el empleado anda quedado, habla bajo y no levanta los ojos, temeroso de las iras de aquel dios de la caja fuerte.

En esta abyección moral el empleado vive los más floridos años de su vida. Se casa con una licencia conseguida a fuerza de ruegos, y el «traje blanco» lo paga, en la misma tienda donde sirve, al cabo de un año de abonos. Nace el primer hijo de esta desgraciada víctima de un medio espan-

tosamente triturador, y ese día, porque el balance produjo menos utilidades que el anterior, le rebajan el sueldo a este pobre símbolo de la resignación y del apocamiento.

En esta vida de trabajo isócrono y bestial, el «buen empleado» encanece; entierra a sus padres, bautiza a sus hijos, y después de una larga enfermedad, pasada a medias en la tienda para evitar multas, este personaje doloroso muere obscura y miserablemente. Sus compañeros, encabezados por el «jefe», le envían una corona de flores irónicas y un mes de sueldo a la viuda amarillenta, envejecida y triste.

Y la gran máquina sigue triturando hombres.

La revolución llega y trata con una generosa disposición de manumitir a estos esclavos del falso deber, y algunos de estos mismos esclavos muerden la mano que trata de liberarlos y acarician su cadena.

La costumbre, la rutina, los prejuicios frente al progreso. ¿Quién puede negar la profunda necesidad de los cataclismos sociales?

CAPITULO VI.

Fué después de la sorprendente impresión causada por la destitución del elemento burocrático, por la ocupación de las casas y por la incautación de automóviles cuando en México se comenzó a sentir un gran malestar y una gran desconfianza por la solidez del gobierno revolucionario. Quién sabe cómo se difundió por todas partes la noticia de la infidencia de Villa. Sin que nadie hubiese dicho una palabra, todo el mundo sabía que el Jefe de la División del Norte era un rebelde en ciernes.

En los dos capítulos siguientes verá el lector cómo conoció las bambalinas en la complicada tramoya de la sublevación, preparada tan arteramente por los jesuiticos colaboradores de ese astro de la inmoralidad que se llama Francisco Villa.

UN HOMBRE BORRACHO DE SI MISMO.

En la misma alcoba, un poco chillona y cursi, donde soñaron sus primeros sueños las hijas de Joaquín D. Casasús, yo vi una tarde a un hombre magníficamente guapo, sentado en un sillón, el rostro viril embadurnado de jabón y junto a él un peluquero tímido y afeminado, haciéndole contraste, además de la barba.

Como el fígaro, por obra de su desconcierto, diese un fuerte brochazo en los labios del hombre magníficamente guapo, éste pegó un salto, arrojó airado la tohalla al suelo y dijo al trémulo rapabarbas:—¡bien se conoce que es usted peinador de bailarinas; no sabe usted afeitar hombres!—Efectivamente, yo había visto muchas veces en los escenarios al relamido y atemorizado personaje.

El afeite del hombre magníficamente guapo terminó, yo no sé cómo, porque la reprimenda dejó en el «operador» temblores lastimosos.

Morena la color, proporcionada y esbelta la totalidad de la figura; cesárea la nariz, gruesos los labios, blancos los dientes, espeso y negro el bigote; negros, grandes y dominadores los ojos, el cabello ligeramente teñido de plata y peinado hacia atrás, era el general Lucio Blanco un hombre, como ya queda dicho y probado, magníficamente guapo.

La tarde en que yo le visité por la primera vez, Lucio Blanco hallábase vestido de negro, con una sobriedad llena de *pose* y de arrogancia.

Rodeaban al novelesco personaje tres o cuatro achichincles que no osaron contradecirle en nada, durante toda mi visita, que fué larga, porque tardó en ser oída mi demanda.

*
* *

En los salones del primer piso de la casa del Lic. Joaquín D. Casasús, habitada por Lucio Blanco, notábase de día y de noche un ir y venir inacabable, un constante renovamiento de fieros guardias en las puertas, y en el salón comedor, el único lugar de la casa amueblado y decorado con gusto, un corro de oficiales constantemente diversos. Las botellas abiertas sobre la mesa opípara denunciaban a cualquier ho-

ra lo abundantes que fueron en aquella fugaz preponderancia los amigos del guapo general.

Arriba y abajo oíase el constante ruído de las máquinas de escribir; por cualquier vidriera que asomase uno la cara descubría personajes ostentosamente uniformados o civiles de aspecto solemne, en conciliábulos cordiales y misteriosos.

En el jardín de la vasta mansión, automóviles de todos tamaños resoplaban de continuo, jadeantes por la llegada, o impacientes por la salida.

Parecía todo aquel palacio con aquel ajeteo y aquel brillar de armas, y aquellos guardias fieros, y aquel dueño apuesto, torvo, solemne y altanero, el castillo feudal de algún señor de horca y cuchillo que se aprestase a la defensa de su feudo o a la invasión del ageno.

*
* *

El general Lucio Blanco acabó la delicada operación de su afeite, y un asistente de esos de quienes dice Villaespesa:

«Y un escudero dócil como un perro
que fuese mis hazañas relatando,»

con unción visible en todos los detalles, puso alcohol en el rostro del General, peinó sus cabellos, cambió su camisa y sus botas y le abrochó el uniforme entallado y sobrio.

Aprovechando la primera coyuntura que se me presentó, expliqué al General, de quien yo había publicado reportazgos favorables y peligrosos en los tiempos de Huerta en *El Diario* y *El País*, cómo las intrigas y quizá las envidias de uno o algunos periodistas habían hecho que fuese clausurado mi periódico *El Sol*, a pesar de haber sido éste el único

periódico revolucionario durante el gobierno de la usurpación. Y no obstante los elogios tributados al periódico por el general Alvaro Obregón al entrar en México.

—¿Qué necesita usted para publicar de nuevo su periódico?—me dijo.

—La autorización primero, porque no quiero exponerme a una nueva clausura, y la devolución de todos mis elementos materiales de trabajo, después.

—Para recuperar sus cosas, agarre un automóvil con ocho hombres y sáquelas de donde estén, y en cuanto a la autorización yo se la doy.

La respuesta, dicha sin énfasis, con seguridad y naturalidad sumas, me dejó helado, y durante largos minutos quedé clavado en mi asiento sin decir una palabra.

El amigo que me había servido de introductor me tomó por el brazo y me dijo:—Esto ya está arreglado, vámones.

Pero mi parecer era enteramente contrario al de mi amigo, y dirigiéndome de nuevo al general, le dije:—Le agradezco su deseo de servirme, pero no quisiera recurrir a esos medios violentos, con los cuales no lograría probar lo que más me interesa y que es la injustificación con que se ha procedido conmigo; yo preferiría una carta en la cual, usted, que sabe mis ideas desde que se encontraba en Matamoros y que conoce ya mi caso y la razón que me asiste, me recomendase para que me devolviesen esos elementos con los cuales supe servir con tanto entusiasmo a la Revolución.

—Bueno—me dijo—como usted quiera. Díete allá abajo una carta para Arredondo y yo se la firmaré con mucho gusto.

Hícelo así, y cuando volví con la carta encontré frente al general a dos oficiales que parecían esperar órdenes.

Después de mirar a sus oficiales y a mi amigo y a mí, al-

ternativamente, dijo, dirigiéndose a nosotros, palabras de muy poco respeto para el Primer Jefe, Don Venustiano Carranza. Después de dos o tres maldiciones nos explicó el caso con otras palabras que yo no repito textuales:—Don Venustiano se niega a darme los haberes que le pido para mis tropas, y eso que son las únicas que sefastidian en todas las avanzadas resistiendo a los zapatistas. Por supuesto, que yo ya les mando decir á mis oficiales que si mañana no les llega el dinero pueden proceder a saquear todas las tiendas.

La primera sorpresa que yo experimenté frente al brillante personaje, quedó empequeñecida ante la segunda.

Todavía dijo dos o tres veces, con palabras que me parecieron de un largo significado, no sé cuántas otras cosas: que él tenía catorce mil hombres de caballería; que él era el dueño de la ciudad, etc., etc.

Yo no podía creer que cuanto había dicho aquel hombre fuera sincero. Me parecía tan estúpida una indisciplina como la que significaban las palabras del general Blanco y las consideraba tan necias, si habían sido tan sólo un alarde, que salí de aquella casa, a pesar de la cordialidad con que fui recibido por el atrayente personaje, con un gran malestar y muchas dudas.

Envié la carta al ministro Lic. Arredondo, con quien no pude hablar en varios días.

Pensaba dejar el asunto suspenso, pero el amigo que me introdujera insistió en que yo debía dar cuenta del resultado que había tenido la recomendación.

Volví a la casa del constante ajeteo y dije al General las dificultades que había para hablar con el Ministro, preguntándole si no podría recomendarme mejor al Inspector General de Policía, quien arreglaría quizá más llanamente el asunto.

—El medio más seguro de tener una cosa es tomarla; pero si usted no quiere recuperar violentamente sus cosas, le podemos dar el dinero para que saque de nuevo su periódico.

Aquel hombre era para mí el de los desconciertos.

—Volveré entonces para resolverle a usted, General.

No necesita volver: M. . . . , mi amigo, puede arreglarle todo lo necesario.

M. . . . es un muchacho, antiguo compañero mío del periodismo; hoy, por desgracia porque es un hombre de fuertes cualidades afiliado al villismo, lleno de misterios, de medias paralelas, de turbias insinuaciones, de circunloquios, de reticencias.

M. . . . es así por idiosincrasia, y en aquella ocasión, conociendo mi entusiasmo revolucionario y este quijotismo mío de muchacho atrabancado y deslenguado se fué con más tiento que nunca y me dijo que me darían diez mil pesos; que Lucio Blanco era muy generoso; que hiciera yo presupuestos; que podía presentar los recibos al día siguiente y que sólo se necesitaba que yo hiciera labor verdaderamente revolucionaria, porque había muchos sinvergüenzas

En vano pedí a mi amigo más claridad: ya irá usted viendo las cosas,—me dijo.—Usted mismo se convencerá de quién tiene la razón, etc., etc.

Yo tenía unos deseos furiosos de seguir publicando mi periódico, porque me producía dinero y porque me daba cierto relieve. Aunque lleno de recelos, porque todo aquello me parecía turbio, volví a la calle de los Héroes esperando en equivocarme y ansioso de que Lucio Blanco fuese lo que yo necesitaba para recibir los diez mil pesos y trabajar.

Sin embargo, la incógnita se despejó para mí muy pron-

to. En muy pocos días la evidencia y no mi habilidad me mostraron toda la villana traición. Lucio Blanco, generoso en el fondo, valiente pero ignorante, estaba borracho de sí mismo a fuerza de adulación y de éxitos femeninos. Hábiles agentes del villismo ofrecieron al vanidoso general no sé qué mil-y-una-nochescas grandezas, y los catorce mil soldados de la «división de caballería», con monturas y todo, se subieron a la cabeza de aquel hombre y lo enloquecieron. El pacto entre el general Blanco y el troglodita Doroteo Arango, fué para mí ya indudable, una noche que, buscando a mi amigo, noté en toda la casa del insensato general una desbordante alegría. El motivo de tan inusitado regocijo era la prisión del general Obregón por Villa. Aquel acto de vileza y cobardía era el que despertaba aquel reír y aquel grato y sabroso comentar.

Fué aquella mi última visita a la casa de aquel hombre torpe e inmoderadamente ambicioso.

Pocos días después, cuando se notó mi desertión de la casa de las conspiraciones, se publicaba *El Radical*, que recibió todos los dineros que a mí se me ofrecieron por una labor indigna y antipatriótica.

A Lucio Blanco lo perdieron sus amplificadores. Ellos fueron los que hicieron que Lucio Blanco se embriagara con puras botellas de Lucio Blanco. Ojalá muchos Don Petates que andan por ahí no se embriaguen con el mal tequila de su propia y pequeña personalidad.